

Comentarios y reseñas críticas

La política en suspenso:
1996-1976

LILIANA DE RIZ

Historia Argentina, Tomo 8, Buenos Aires,
Paidós, 1ª edición, 203 páginas, 2000.

Por ROMEO PÉREZ ANTÓN

La obra que reseñamos, concebida como una historia política y dirigida a un público amplio, comprende el período que va del golpe militar encabezado por el General Juan Carlos Onganía al que lideraron los comandantes en jefe de las tres fuerzas, con el Teniente General Jorge Rafael Videla en primer lugar. Tales límites cronológicos suponen, apenas se tracen sobre la sustancia social que procuran captar, el examen de un autoritarismo concordista que acentuó su carácter represor a medida que agotaba sus fragmentarios consensos internos y el de una segunda versión de un justicialismo populista que sucumbe a la presión de las expectativas suscitadas y los contradictorios respaldos admitidos. Valgan estas dos caracterizaciones (imputables al suscrito y no a De Riz) para enfatizar la densidad de esfuerzos y conflictos, de movilizaciones y experimentaciones cumplidos por el país hermano en los breves diez años estudiados. La obra obtiene, a nuestro juicio, un éxito ponderable al documentar aquella multiplicidad y revelarla en sus vertientes numerosas, sintéticamente pero sin generalizaciones indebidas.

Sorprende, por eso mismo, y por otras razones que señalaremos luego, la descripción que insinúa el título: "La Política en Suspenso", pues ese designio del régimen instaurado el 28 de

junio de 1966 (con el que confluían un par de guerrillas) se encontró con un ilevantable fracaso ya en 1969: "Militares y grupos radicalizados, de origen marxista y nacionalista-católico, se enfrentaron con la común convicción revolucionaria de que política representativa era un lastre del pasado. La acción directa y la represión sustituyeron a la política (...). El Cordobazo, en 1969, y la ola de rebeliones regionales que cubren el período 1969-70, sacudieron la coraza del régimen de Onganía" (pág. 186).

De allí en adelante, hubo política. Política de masas, representativa: resistente una, la del peronismo y el radicalismo, que se unen en noviembre de 1970 en la Hora del Pueblo, "una coalición cuya meta era presionar para que el gobierno convocara a elecciones" (pág. 89); cooptante la otra, la del General Alejandro Lanusse, Presidente *de facto* desde marzo de 1971, quien entendió que el "viejo dilema de cómo lograr un gobierno electo por una mayoría y a la vez, aceptado por la cúpula del Ejército, volvió a plantearse, pero esta vez la novedad era la inclusión del peronismo en un gran acuerdo entre los militares y los partidos políticos devueltos a la legalidad, para fijar las reglas de la transición institucional" (pág. 93). Se entabló así una contienda ajedrecística personalizada en esos dos generales, tramitada principalmente a través de movidas tácticas que se extendieron durante casi dos años. Perón ganó la partida (muy bien expuesta en el libro aquí reseñado), ya que cercó a su oponente después de asumir la iniciativa, retenerla, administrar magistralmente los tiempos largos y derivar de su largo ostracismo el aura de la sabiduría libre de enconos y de intransigencias. "Enfrentado a la inminencias

del retorno del anciano líder, en cuya posibilidad él mismo confesó que nunca había creído, sólo quedó a Lanusse la opción de esperar el curso de acción elegido por quien a esas alturas se había convertido en el árbitro del orden político". (pág. 115).

El regreso de Perón se registró el 17 de noviembre de 1972. "El encuentro con los partidos políticos convirtió a Perón en el verdadero artífice del acuerdo nacional. Las elecciones aparecieron como una exigencia de la civilidad y no como una concesión de los militares" (pág. 117).

El justicialismo fue el gran beneficiario de esa recuperación de la república y la democracia, en la que quedó involucrada una paradigmática frustración de tercas medidas de proscripción, destierro y difamación. Triunfó aquél holgadamente en los comicios de marzo y setiembre de 1973, Juan Domingo Perón volvió a la Presidencia, los radicales dejaron de lado sus descalificaciones de antaño del vasto y tenaz populismo. El círculo de Perón traía del exilio, junto con las nefastas simientes que sembró en los meses de gobierno José López Rega, algunas directrices mayores, nuevas o actualizadas. Entre ellas, la neta adhesión al pluralismo y la negociación interpartidaria y pautas de política regional integracionista, pacifista, solidaria. "Gobernar es persuadir", dijo Perón en su mensaje a los gobernadores a poco de asumir la presidencia. "Gobernar no es mandar; ése es el defecto que cometemos muchas veces los militares, que estamos acostumbrados al mando. Mandar es obligar. Gobernar es persuadir. Esa es nuestra tarea: ir persuadiendo a todos los argentinos para que comencemos a patear todos para el mismo arco...¿Un nuevo Perón, como muchos lo percibieron entonces? ¿Un falso Perón, como habría de terminar reconociéndolo amargamente la Juventud Peronista? O simplemente, ¿Perón de nuevo?" (págs. 144-45).

La holgura de la victoria electoral, la reconciliación de los enemigos de las décadas de los

40 y los 50, el afán generalizado de eliminar de la política argentina el autoritarismo militar y los actores castrenses, la generosidad y relativa novedad del programa de gobierno del Justicialismo, la estructura inclusiva de ese movimiento y su conducción personalizada confirieron al período presidencial de Perón (1973-74) unas posibilidades infrecuentes de administrar apoyos y negociar las medidas capitales dentro de un círculo de benevolencia que se acercaba usualmente a la unanimidad nacional. No las desaprovechó el viejo caudillo; por unos meses, la economía creció, las relaciones laborales se asentaron, la actividad parlamentaria tendió a regularizarse, cedieron las tensiones de breve lapso de Cámpora, se atisbó la convivencia libre y pacífica. No tardaron, empero, en surgir los indicios de debilidades ineludibles, aún en vida de Juan Domingo Perón. Si bien sería erróneo reducir su Presidencia al fracaso, pues ha persistido en su eficacia de referente, la tónica del relato histórico sólo puede darla la frustración.

"Su modelo político para la Argentina era también una propuesta a los países del Tercer Mundo, a cuyo liderazgo continuó aspirando. La democracia integrada abriría el camino para la integración regional en una comunidad económica que habría de dar a estos países capacidad de decisión suficiente para evitar los males que aquejaban al capitalismo avanzado."

"El modelo que traía tras casi dos décadas de exilio encerraba las claves de una ideología simple y exigua, que en el pasado había sido el instrumento de lo que Perón consideraba un gobierno eficaz. Sólo que ahora esa visión de la eficacia que lo había hecho admirador de Mussolini, y convocado el apoyo de los nacionalistas argentinos que compartían esa admiración por Il Duce, incorporaba la experiencia de la Europa de la posguerra. Sin embargo, los que no tenían cabida en el marco de la democracia integrada, habrían de ser aniquilados. De este modo, Perón abre la puerta por la que se ingresa al siniestro camino del terror que José López

Rega ya estaba recorriendo desde el Ministerio de Bienestar Social.”

“Mientras Perón tejía la urdimbre de la trama con que esperaba recrear el orden perdido, los hilos comenzaban a escapar de sus manos. Ya en marzo de 1974, el deterioro de los apoyos al Pacto Social era indisimulable. La unanimidad de los argentinos que Perón declamaba no podía ocultar el hecho de que ésta no existía. El éxito inicial de las políticas de Gelbard se desdibujaba” (pág. 153).

Lo que sigue al efímero éxito del gran nacionalismo populista estructurado en términos caudillistas es, en expresión de la autora, “la descomposición”. Perón es sucedido en la Presidencia por su viuda, la que afronta erráticamente un proceso ya avanzado de pérdida de respaldos y de sustitución de expectativas por desengaños. El partido Justicialista aporta al esfuerzo cada vez más desesperado algunas gestiones lúcidas (Lúder, Cafiero, Ruckauf), los sindicalistas ensayan una negociación tras otra pero la crisis devora vertiginosamente lo valioso junto con lo mezquino.

“En 1976, la dramática experiencia que culminó en el horror en la etapa final del gobierno peronista, convenció a los militares, ellos mismos blanco de la guerrilla peronista y no peronista, de que la única manera de gobernar la sociedad argentina era con el imperio del terror. Comenzó entonces otra historia, la del terrorismo estatal que buscó justificación en la evocación de los crímenes de la guerrilla para hacer desaparecer a las personas y apropiarse de sus bienes y de sus hijos. Recibidos con la aquiescencia de quienes eran conscientes de que no habían sabido encontrar solución a los dilemas en los que se debatía la sociedad argentina, los militares que tomaron el poder en 1976 se dispusieron una vez más a aniquilar la Argentina peronista. Convencidos de que el terror habría de poner fin a una lucha política cada vez más salvaje, ellos mismos se convirtieron, inmediatamente después de asumir el gobierno, en

los protagonistas de una lucha feroz por el control del poder. Ésta, claro está, ya es otra historia” (págs. 188-89).

Aun tomada estrictamente como una síntesis del proceso político, se echa de menos en el libro de Liliana De Riz una contextualización más explícita; las referencias económicas y culturales resultan sumarias, si bien se complementan con ricas remisiones bibliográficas. En el correr de los años historiados, hubo novedades importantes en las obras públicas viales y energéticas, así como en las relaciones económicas exteriores (en especial con Uruguay, Brasil y Paraguay); se consolidaron los prestigios de Borges y Piazzola, se cumplió investigación y docencia científicas trascendentes en la Fundación Bariloche, surgió la corriente del Rock Nacional (aún hoy productiva), etc. Muchas de esas evoluciones superaron los cataclismos ideológico-políticos del período, lo que demuestra que reviste gran interés su pauta de relaciones con dicho proceso. Enfoque, entonces, pendiente.

El relato competente de la obra, no obstante, permite apreciar la relevante política que se registró entre 1966 y 1976, en medio de mareas de antipolítica: las autotransformaciones del Justicialismo, los diálogos de esa fuerza y el Radicalismo, las alianzas ensayadas no obtuvieron logros duraderos; pero insinuaron orientaciones sustitutivas de viejos y agotados planteamientos. Tras la experiencia sangrienta de 1976-1983, serían retomadas y contribuirían a la instauración del pluripartidismo que, con todas sus endeblesces, sostiene hoy la democracia argentina.